

# El maestro de tango

Miguel Angel García

“Un poco de paciencia, más adelante haremos las figuras; ahora caminen: un paso, otro paso, otro más... Usted, míreme, balancee el cuerpo más adelante, descargue el peso sobre el tiempo, uno, dos, uno, dos... Ustedes allá, escuchen la música, caminen con la música. Sandra, sí vos, los argentinos no tienen el cuerpo rígido ni se mueven a intervalos; esos son los robots, además de Rodolfo Valentino, que bailaba el tango como una bestia. Movete de manera más lánguida, pero firme...”

Estas cosas las digo ya hasta cuando duermo, son cinco años que hago el maestro de tango en Italia. Primero en Roma, después en Florencia, y al fin aquí en Cremona, donde tuve la ocasión de ponerme por cuenta propia con mi escuela y mi milonga. Puedo decir que soy un inmigrante exitoso; llegué a Italia sin una lira, con el equipaje reducido a un pequeño bolsito, y con un conocimiento de la lengua menos que mediocre. Hoy tengo una cuenta en el banco, una mujer, un auto de segunda mano y, desde hace algunos meses, también la ciudadanía italiana.

La ciudadanía la conseguí por matrimonio; no, no soy de origen italiano. Arroyo es sí un apellido español, pero es solamente el pseudónimo que elegí cuando empecé a buscar trabajo en Italia. ¿Suena bien, no? Julián Arroyo da la idea de algo auténticamente argentino. Aunque Isaac Blubstein, mi verdadero nombre, Isa para los amigos, es argentino en serio, y en Italia no lo parece. ¿Quién tomaría lecciones de tango de uno que se llama Blubstein? Pero a lo mejor el

prejuicio es mío, y a los italianos “Arroyo” les suena tan exótico como Blubstein; ni siquiera consiguen pronunciarlo, dicen “Túlian Ároio”.

Sí, soy hebreo como dicen los italianos; para mí “hebreo” se asocia con algo de religioso, de talmúdico; yo me considero judío, que es una pertenencia cultural, y no necesariamente religiosa. Más aún, me siento “rusito”, como me decían de chico en la escuela, porque mi familia es de origen alemán, pero en Argentina la mayoría de los judíos tenía el pasaporte ruso, porque eran polacos, ucranianos o moldavos, y entonces existía el imperio. Qué cosa curiosa las palabras, que crecen por medio de errores, de eufemismos trágicos, de metáforas y de deformaciones humorísticas. La fábrica de las lenguas se parece más a las paredes de los baños públicos que a las academias. Me dijeron que también en Italia los judíos se llamaban judíos. Pero vino el fascismo con su paranoia racial, “judío” se volvió una mala palabra, y “hebreo” salió de la polvorienta estantería de los arcaísmos para volverse actual. Solo que las palabras no se cambian impunemente, llevan consigo sombras de contenido que les cambian el sentido.

Es curioso, casi inconcebible para un italiano, pero son las palabras las que me llevaron al tango. El tango hablaba como yo, en esa lengua argentina que es como una empanada rellena con el lunfardo de la calle y las palabras de mil lenguas y dialectos del mundo. No imaginás siquiera como puede aligerar el corazón escuchar una historia en la propia lengua de verdad. En la escuela nos obligaban a leer textos en un presunto castellano culto, lleno de palabras españolas de significado enigmático y de sonido extraño. Argentina es quizás el único país que vive su propia lengua nacional como si se tratara de un dialecto, avergonzándose. Salvo en el tango, en el que exhibe impudicamente su decir.

Después vino la música, como fondo justo de la vida. Mucho Piazzola y Ferrer, que era la forma sonora de Plaza Francia, Santa Fe, Las Heras, las calles que amaba recorrer, aunque mi familia vivía en Pueyrredón, en el límite entre el Once y el Abasto. Pero estaba también Tita Merello, la cantante de mi madre. Mamá, cuando estaba alegre, cantaba Pipistrela o Se dice de mí con una hermosa voz oscura que no había perdido cadencias idish. Ella había trabajado de joven como obrera en una fabriquita que hacía camisas de hombre, y rescataba el desplante orgulloso de la Tita porque era la marca de aquella

generación de muchachas que trabajaban y tenían dinero propio en el bolsillo, las “fabriqueras”. La misma razón por la que se decía peronista, a pesar de que era ya de clase media, más arriba que abajo.

Creo que el tango me ha impregnado la identidad sin que me diera cuenta, como una enfermedad. Lo escuchaba casualmente por la radio, en un taxi o en un café, y me iba construyendo dentro andamios que daban forma al amor, a la rabia, al dolor.

Yo creía que me gustaba el rock; avergonzándome un poco me gustaba también el bolero. En realidad me estaba empapando de tango como una esponja, por el solo hecho de vivir en Buenos Aires. Cuando empecé a bailar... No, no bailo el tango desde muchacho, y menos todavía iba entonces a las milongas; tenía veinte años en los 80, cuando los salones que hacían tango eran refugios melancólicos para jubilados. Y de cualquier manera yo no sabía bailar, mis escasas incursiones en las discotecas fueron memorables por los desastres que hacía. Empecé a bailar el tango en los años 90, como todos; era un joven, brillante dirigente de empresa, CEO de La Pálida punto com, y tenía el dinero que hacía falta para hacer un buen curso con el maestro más conocido. No, claro que no se llamaba así mi empresa, pero no te quiero decir el verdadero nombre; el juicio no terminó todavía, ¿me entendés?

El asunto es que sentí el tango virtualmente desde el primer paso. Me salía simplemente, sin esfuerzo; mi cuerpo entraba en sintonía con la música apenas me movía. El Maestro me lo dijo en seguida: “Tenés un talento natural” (y agregaba: “pero sos indisciplinado y perezoso”). No sabría decir de donde vino semejante talento; seguramente no de la herencia genética, que me habría llevado en todo caso hacia el klezmer centroeuropeo. Para mí el tango es algo que respirás sin quererlo, como una especie de smog cultural, y que de a poco modifica tu manera de pararte, de moverte y de comportarte, el ritmo de tu pensar y de tu sentir. Una enfermedad que vuelve porteño un tipo cualquiera.

¿Cómo se puede enseñar una enfermedad? La verdad es que no soy un maestro de tango argentino, sino un apestado de tanguitud que difunde el contagio en estas lindas ciudades del norte de Italia, un poco aburridas y vacías. Todavía es un misterio para mí la causa de mi éxito: ¿por qué vienen a mis cursos, qué

encuentran en ellos los ya no tan jóvenes profesionales de provincia? En primer lugar encuentran mujeres, ya que las primeras alumnas de tango en Italia fueron de género femenino, incluyendo mi actual compañera de baile y de vida. ¡Y después dicen que el tango es machista! Los primeros maestros se encontraron con decenas de mujeres por cada hombre, y tenían que dar saltos mortales para hacerlas bailar a todas. Después las chicas agarraron a los machitos del cogote, y los llevaron por la fuerza a las prácticas.

Me doy cuenta de que no hice otra cosa que correr hacia atrás la pregunta; ¿y qué es lo que atrae a las mujeres de clase media hacia el tango? “La elegancia”, me dice Anna, mi compañera. “Una elegancia imposible, como el helado frío en el capuchino caliente; un delicado equilibrio entre las figuras puntiagudas y la líquida fluidez de los movimientos, entre el abandono erótico y el rigor severo de las reglas, la lentitud veloz, la pasión cerebral, la complejidad simple”. –“¿Como un licuado?”, respondí. “No, no un licuado, los ingredientes están bien separados e íntegros, pero van juntos y no es posible separarlos.”

Podría hablar horas del tango y los italianos, pero mucho menos de lo que significa hoy el tango para los argentinos. Sí, vuelvo a Buenos Aires todos los años, lo hice también los primeros dos, y era un verdadero sacrificio, tenía que ahorrar hasta en la comida para pagarme el pasaje. El año pasado estuve tres meses, gasté un capital en cursos de profundización y en milongas todas las noches. Claro que es una inversión, estos cursos mejoran mi cotización como maestro, pero mi motivación es menos profesional de lo que parece. La verdad es que siento siempre menos Argentina. La primera semana es el paraíso, mi paladar descansa en viejos sabores olvidados, mi cuerpo respira el aire de la ciudad como quien reencuentra su alimento natural, aunque esté impregnado de la tenaz humedad de esos días de invierno en los que el agua chorrea por las paredes. La primera semana estoy en un estado de gracia, en el que me encuentro bien hasta en las charlas cretinas de los taxistas, en el rumor ensordecedor del tránsito, en el olor de goma quemada, aire viciado y sudor humano del subte.

Después... encuentro mamá, siempre más pequeña y vieja, perdida en su departamento demasiado grande para ella que llena de objetos inútiles y de

simple basura para no ver el vacío. Un vacío que trata de llenar también en mí, atragantándome de knishes y de berénikes, de pucheros y de milanesas hasta que extraño las pastas italianas, perdido en esta comilona argentino-idish. Mi mamá jubilada en la miseria, reducida a agradecer una y mil veces los pocos dólares que consigo mandarle cada dos o tres meses.

Reencuentro los amigos de un tiempo, perdidos en sus batallas individuales contra el mundo, y es un equívoco permanente. Ellos vivieron la crisis hasta el fondo, ahogados en un pantano de deudas, traiciones, injusticias y mala pata. Después volvieron a flote lentamente, liberándose del lodo a fuerza de desesperación, y ahora se encuentran como antes, un poco más cínicos y un poco más humanos, con el auto de marca, el celular megagaláctico, el lindo departamento en Barrio Norte y la segunda casa en un country modesto que son el signo de pertenencia a la clase media argentina. Porque la pobreza, la verdadera pobreza que dejó la crisis es asunto de otros: de esos argentinos de piel bruna que escarban en la basura apenas cae la noche, que marchan altivos pero tristes, serios y silenciosos, levantando pancartas amarillentas en una ciudad que los ignora; que alimentan la crónica policial de los diarios y la clientela electoral de la derecha con una interminable serie de delitos y violencias que preluden la cárcel y la muerte, destino final de los perdedores en nuestra hermosa sociedad.

Me veo en los ojos de mis amigos, y soy un extraño. Soy el que dijo “paren el mundo” y se bajó; el que largó todo, un eterno muchachón que vive en Italia, en el mundo de las vacaciones, entre comodidades y diversiones, y que ni siquiera trabaja, porque enseñar a bailar el tango no es un verdadero trabajo. Me envidian porque mi ropa es italiana (¿Y qué otra cosa podían ser, si vivo en Italia?), porque voy al mar en Liguria (como ejércitos de obreros, telefonistas y mucamas), porque imaginan quizás cual opulencia, cuales lujos en una vida que es en realidad más bien sórdida. Pero al mismo tiempo me compadecen porque quemé el futuro, porque no estoy más en la brecha a luchar, porque mi exilio dorado es un modo de ser perdedor, en sustancia no muy distinto del de aquellos hombres que acarrear cartones en sus carritos.

Hago el giro completo de las milongas, hasta que el tango no me deja lleno y un poco nauseado, como un dulce demasiado dulce. Encuentro una humanidad variada, cada año más parecida a la que frecuento habitualmente en Italia. Hay turistas del tango, tantos: los turistas “serios” que tratan de entender hasta el fondo el espíritu burlón del dos por cuatro, y también los guarangos de los cruceros, esos que saltan y agitan sus panzas voluminosas como hicieron en Santo Domingo, en Bahía y en Río de Janeiro, sin cambiar el ritmo. Todos ellos recibidos por porteños venales y contentos, que dicen que sí a todo si detrás vienen dólares o euros. Mis colegas, al fin de cuentas, porque descubro que yo también terminé en las redes de la industria turística, que yo también me convertí en un cashio de la cultura exótica. ¡Qué mal le hemos hecho a nuestro país sin quererlo nosotros, los maestros de tango!

Exagero, obviamente; en Villa Urquiza, en El Beso, un poco también en El Arranque, reencuentro queridos amigos que aman sinceramente el tango, que sacan de él identidad y consuelo, que van a la milonga como quien vuelve a casa, para escapar a las durezas y a las fealdades del mundo. Pero también ellos, en la ilimitada disponibilidad de su amistad, me ponen a un lado. Bromean de personajes que no conozco, aluden a programas televisivos que no he visto. Año tras año, viaje tras viaje descubro que usan nuevas palabras de una lengua porteña que es siempre menos la mía. Hasta la cadencia del habla se modifica imperceptiblemente; la mía queda anclada al pasado, y por añadidura sutilmente influenciada por el italiano.

Me encuentro en el limbo del migrante, solo y sin grupo de pertenencia, inadecuado aquí y allá, tendido en la búsqueda de una forma, de un límite corpóreo que contenga mi identidad, y siempre más en peligro de fragmentarme en mil pedacitos. No soy más argentino, si lo he sido, y no soy todavía italiano, si es que alguna vez lo seré, y si quiero serlo. Me siento desencarnado, un ser incorpóreo bloqueado a mitad de un paso: linda cosa para uno que vive del baile...

Vuelvo a pensar el tango con una nueva conciencia; a lo mejor es este desarraigo del migrante el secreto del caliente y del frío, del rítmico y del lánguido que conviven sin integrarse, como enemigos encadenados, en las cadencias del

tango. Hay una tensión desesperada, que es la de quien busca su identidad sin encontrarla, y que al hacerlo inventa una forma imposible. Hay una aniquilación del yo que lleva a una individuación salvaje y definitiva, a la soledad.

Entiendo porqué mi modo de bailar ha cambiado, pierde las figuras briosas y desafiantes, se reduce a un fuerte abrazo bajo el cual los pies se entrelazan en movimientos apenas esbozados. Ese abrazo de tres minutos me salva la vida, siento mi cuerpo en otro cuerpo, encuentro mi forma en la forma de una mujer, me aferro a una persona quizás desconocida para no perder lo que me queda de mí. Soy un migrante exitoso.

Registrado en la Dirección Nacional del Derecho de Autor de la República Argentina el 24 de mayo de 2007 con el número de expediente 571405.